

na que Juan Pablo II ofrece constituye una de las escasas certezas a las que se puede recurrir sin temor a quedar desilusionados.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

AA.VV., *La Fiesta del Corpus Christi*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Estudios, n.84, Cuenca 2002), 544p., ISBN 84-8427-187-0.

Se trata de la colección de ponencias presentadas en el curso de verano titulado *La fiesta del Corpus Christi*, que tuvo lugar en Toledo en junio de 2001, dirigido por J. Carlos Vizuete Mendoza. Estos cursos, organizados por el Seminario de *Identidad, Cultura y Religiosidad Popular*, nacen con el deseo de estudiar cuestiones relacionadas con el amplio marco de «lo religioso» desde un planteamiento interdisciplinar. Con este objetivo, se estudia en este volumen una fiesta de tanta raigambre popular y connotaciones teológicas como es la fiesta del *Corpus Christi*. Indudablemente no se puede entender el sentido de esta fiesta sólo desde los textos teológicos de carácter académico. Sin sobrevalorar el papel de los estudios de tipo antropológico, artístico, sociológico o histórico, debemos admitir que estos son imprescindibles incluso para entender la teología de la fiesta, su expresividad, sus excesos y desviaciones, su sentido último. Muchas veces el teólogo ignora (cuando no desprecia) estos acercamientos a las realidades teológicas desde otras perspectivas. Más allá de la pobreza intelectual que ello supone, late tras estas posturas una actitud teológica equivocada (desprecio del *sensus fidelium* —hoy que tanto se reivindica—, olvido de la dinámica encarnatoria e inculturada de la fe, olvido del contexto eclesial en el que han ido surgiendo las diversas doctrinas teológicas y, en el fondo, despreocupación pastoral) en la que no nos podemos detener en una reseña de este tipo.

Abre el conjunto de ponencias el trabajo de C. Vizuete en el que se presenta la teología, la liturgia y el derecho de esta fiesta que se remonta, como es bien sabido, a Urbano IV en 1264 (al menos en cuanto a su instauración oficial). No obstante, la fiesta no nace por generación espontánea; por ello Vizuete la enmarca muy bien en el contexto de las controversias eucarísticas medievales, desde la teología monástica hasta los autores de las escuelas y los primeros reformadores.

F. Martínez Gil y A. Rodríguez González estudian el curioso tema de la estabilidad y el conflicto (dos elementos presentes en la base antropológica de la fiesta) en el caso concreto del *Corpus Christi*. F. J. Campos también estudia la fiesta pero desde el punto de vista de la fiesta barroca a la que define esencialmente como *fiesta de los sentidos*. Remedios Morán estudia la regulación, tanto canónica como civil, de la fiesta del *Corpus*, así como de las *representaciones* (término que la misma autora matiza) que tenían lugar con motivo de esta festividad religiosa. En el mismo sentido, F. B. Pedraza analiza la íntima relación entre la festividad del *Corpus* y el teatro, relación ejemplificada en el auto titulado *Las bodas entre el alma y el amor divino*, incluido por Lope de Vega en su obra *El peregrino en su patria* de 1604. El autor defiende la tesis de que el *Corpus está en la raíz del teatro moderno en España* (p.238).

F. Llamazares hace un recorrido con gran despliegue de datos por la historia de la orfebrería eucarística y en concreto de las custodias procesionales. Este estudio

relaciona, además, los trabajos de orfebrería con los textos (de la Biblia, de los Padres, etc) que le sirven de inspiración y concluye señalando que *la custodia procesional (...) es, estéticamente, una de las páginas más bellas que el arte cristiano haya creado* (p.152).

Palma Martínez-Burgos estudia el simbolismo del recorrido procesional y llega a la conclusión de que éste lleva impresa la idea de peregrinación hacia la Jerusalén celestial, *es decir, la metáfora del alma recorriendo el camino de la vida hasta fundirse en el encuentro divino* (p.172). C. Martínez Gil lo estudia desde el punto de vista de la música. El autor concluye señalando que *debemos darnos cuenta de lo incompleto que puede resultar un estudio general sobre una fiesta tan representativa en España como el Corpus Christi, si se prescinde del aspecto musical* (p.232).

J. Martín Sánchez analiza la problemática derivada de la reforma litúrgica tras el Vaticano II en cuanto a la arquitectura de los templos se refiere. Por una parte se debe tener en cuenta la renovación teológica y litúrgica que ha supuesto el Concilio (especialmente importante en el caso de la eucaristía). Pero ésta se debe conjugar con el respeto al arte antiguo y al legado patrimonial que hemos recibido. En este sentido el autor sugiere algunos criterios y lo ejemplifica en el caso concreto de la restauración de algunos templos parroquiales en la diócesis de Toledo.

Muy curiosa resulta la aportación de P. Romero de Solís en la que se estudia la ancestral relación entre la fiesta del *Corpus* y los toros, relación que —pese a que pueda sorprender a más de uno— está bien atestiguada. Romero de Solís sugiere (siguiendo la tesis de J. Pitt-Rivers) que *la corrida de toros aparece como la prolongación pagana del sacrificio de la misa (...) como si fuera una imprecación colectiva por la restauración de las relaciones reales de los hombres en la sociedad que habían sido difuminadas, suspendidas, en el mundo ideal que creaba la toma de la ciudad por la eucaristía* (p.260).

Un nutrido grupo de trabajos está dedicado a estudiar la festividad en un caso geográfico concreto. Así, por ejemplo, María José Cuesta estudia la celebración del *Corpus* en Granada en el paso del Antiguo Régimen a la época contemporánea, analizando los diversos elementos procesionales que se van añadiendo o eliminando con el transcurrir de los años y en las diversas circunstancias históricas. Otros autores estudian la festividad en diversos lugares de la América hispana (en México, en el ámbito maya, en el Cuzco, etc.) en los que se deja sentir con fuerza la influencia española, pero mezclada con elementos autóctonos (con ejemplos curiosísimos de verdadera inculturación). En muchos casos se produce una celebración algo sincretista, llena de expresividad y de colorismo y no exenta de riesgos, como demuestran los avisos de algunos concilios y sínodos locales del período colonial.

Un lugar especial merecen el *Corpus* de Toledo y el de Camuñas, sobre los que se presentan varios trabajos desde perspectivas muy diversas. Por destacar un ejemplo de cada uno de ellos, resulta interesante el análisis que, desde una perspectiva «de género», hace C. Franco Agudo del *Corpus* toledano. Llama la atención el celeberrimo personaje de la *Tarasca* (muy importante también en el caso granadino y en otros<sup>1</sup>) en el que confluyen muy diversos personajes (el dragón, el pecado, la herejía, la impie-

<sup>1</sup> Este personaje ha llamado siempre la atención de intelectuales y estudiosos. Cf., por ejemplo: J. M. PEMÁN, *Gigantones, Tarascas, seises, pertigueros y cabezudos en las fiestas populares del Corpus*: Ocho ensayos religiosos (Madrid 1948) 137-160.

dad), mitos e ideologizaciones, así como las *danzas de judíos y pecados*, en el caso del *Corpus* en Camuñas.

En definitiva nos encontramos ante una obra que, en su conjunto, resulta muy interesante para los que quieran acercarse al tema del *Corpus* de una forma interdisciplinar. Para el teólogo, como es el caso del que esto escribe, estas perspectivas diversas suponen sin duda un acicate para profundizar en el verdadero sentido de esta festividad que, ya desde sus comienzos, ha corrido el riesgo de desviarse de su verdadera y última significación. Quizás éste sea el reto para nuestra pastoral de hoy al respecto: respetando y asumiendo la tradición (que siempre nos ilumina y nos sirve de correa de transmisión con el pasado) y las formas de expresión popular, se debería purificar esta fiesta de elementos triunfalistas, polemistas, desenfocados o, incluso, poco evangélicos. Estos elementos han podido oscurecer en determinados momentos la dinámica encarnatoria (el Dios que se manifiesta y se encarna en lo pequeño y en lo humilde), cuya última extensión viene a ser la presencia real eucarística que veneramos. Quizás esos tintes son los que a veces han apartado de esta fiesta a cristianos de muy diversa tendencia. J. M. Blanco White (valga el ejemplo) encontraba en esta celebración *un cierto resabio del celo amargo y amenazador que todavía subsiste disfrazado bajo la devoción ardiente e ilimitada que se despliega en esta fiesta*<sup>2</sup>.

Esperemos que esa renovación continua haga que esta celebración apunte hacia su más genuino sentido, como nos ha pedido Juan Pablo II en su reciente Carta Apostólica *Mane Nobiscum Domine*:

«Vívase este año con especial fervor la solemnidad del Corpus Christi, con su tradicional procesión. Que la fe en el Dios que, al encarnarse se hizo nuestro compañero de viaje, se proclame por doquier, y especialmente en nuestras calles y entre nuestras casas, como expresión de nuestro amor agradecido y fuente inextinguible de bendición»<sup>3</sup>.

Felicitemos cordialmente a los coordinadores de esta obra y a la Universidad de Castilla-La Mancha por este acercamiento, profundo, amplio, interdisciplinar y al mismo tiempo respetuoso (combinación que no siempre se da en nuestros tiempos) a la celebración del *Corpus Christi*.—FERNANDO MILLÁN ROMERAL.

---

<sup>2</sup> BLANCO WHITE, J. M., *Cartas de España* (Sevilla 2001) 281.

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, *Mane nobiscum Domine*, n.º 18.